

## Elefanta Fresia

1

Vivía confinada de manera perpetua en una jaula que era un modelo de orden y limpieza. Cierta día, sospecha que debe haber algo más allá de los límites cercados del zoo. La animala se aventura hacia los extramuros de su lugar de reclusión. Se acuartela fuera de la prisión y mira de frente al desolado gentío y sus panfletos y protestas. Recuerda la estepa asiática y la muchedumbre retrocede.

Fresia miraba el cielo, las luces de los automóviles, de los anuncios fluorescentes. En la ciudadela los edificios le parecen figuras de origami o una multitud de piezas de metal sujetas a un imán. Los rascacielos tienen estructuras cubistas, tensas, dinámicas y puntiagudas, desde donde se obtienen las mejores vistas de la zona circundante. Las torres podrían ser dibujos realizados por un niño, exóticos pétalos o aletas de una extinta especie de tiburón. El acero asemeja un fino pastel de chocolate aplastado o una maqueta de plasticina derretida. El lento y gradual roce del viento y la lluvia los convertirán en tiza y agujas. En sus formas hay olor a erosión y mortalidad. Los ojos de Fresia se mueven hacia el cerro de la virgen. Para ella no es más que un volcán dormido que pronto entrará en erupción llevándose, torrentes de lava mediante, todas las urbanizaciones de la periferia. Sueña y delira con la Plaza de Armas y la Catedral atestadas de anuncios de neón con figuras incas y los geoglifos de Nazca. Es una ciudadela de replicantes y androides inmigrantes. Ellos realizan las labores que el resto –convertidos en obesos mórbidos- ya han dejado de hacer, como recoger los desechos o limpiar los vidrios de los grandes rascacielos. Los atardeceres de color naranja radioactivo le producen excitación. Al igual que a cada uno de los ciudadanos, Fresia ya no sufre depresiones. Le inyectan endorfinas directo a la corteza cerebral que borran malos recuerdos, penas de amor y desilusiones. Pero su cerebro elefantiásico resiste. Tras las alambradas del zoo, los habitantes tampoco llegan tarde a sus compromisos y reuniones. Teletransportadores personales los obligan a ejercer la puntualidad en la vida cotidiana. En la ciudadela, Fresia descubre que cada habitante tiene implantado en su cerebro una pantalla

virtual que se activa y se despliega en la retina cada vez que el usuario necesite comunicarse. Fresia va dejando una huella a paso marcial. En la ciudadela también hay que pagar por respirar aire no contaminado. Si el salario no alcanza, simplemente hay que conformarse con el smog de siempre. El Mapocho fue secado para transformarse en un vertedero de chatarra high-tech. Ya no hay colegios, hospitales ni zoológicos públicos. No hay República. La ciudadela está concesionada y sus acciones se transan en una bolsa de comercio planetario. La cordillera de los Andes fue vendida a una transnacional. Para consuelo de Fresia, sobreviven algunos grupúsculos de terroristas iracundos que, inspirados en su adiposa figura y en la araucana indómita del poeta soldado Ercilla, protestan para que vuelvan estas instituciones extinguidas del formato republicano.

Fresia proyecta el delicado espiral de su trompa hasta posarlo en la primera moneda de diez pesos que le ofrecen, pieza metálica grabada con un ángel cortando sus cadenas. Medio elefanta, medio mapuche, se abalanza sobre los transeúntes. Su descomunal cuerpo aplasta a la concurrencia y a sus dientes cariados, brazos ortopédicos, tarjetas de crédito, collares de perlas y overoles obreros. Se aburrió de recibir limosnas ferrosas de comer. Los shopping center están llenos de comida chatarra y no puede devorarla. Ella comprime el dinero plástico, pisa la carne, atrofia la silicona, deforma las cabelleras teñidas, abolla las doncellas oxigenadas, estruja las ampollas enfermas, prensa el horizonte. Todo se transforma en una papilla de criaturas, orificios, pigmentos, hocicos, cuernos, muslos, tobillos y articulaciones trituradas. Su envergadura desmesurada se abre paso por la estepa austral. Le dicen la salvaje, la indolente, la histérica, la loca, la excéntrica, la perversa, la malvada, la dictadora, la madre, la patriota. Ojea el panorama y sigue su paso. La turbiedad de la papilla de allá abajo exhala un hálito fétido. Los cuerpos desparramados parecen dormidos. Las espaldas yacen sobre los vientres, las cabezas sobre los troncos, los cuellos sobre las nuca, las narices sobre los torsos, las gargantas sobre los cráneos, las costillas sobre los sexos. Sudan y sangran. La carnicería se derrumba. El lodo sanguíneo cobra peso y los huesos trizados se clavan en su patas de carne blanda y blanca. Aplastados como hormigas bajo sus centenarios pliegues, Fresia sepulta los trajes de niño con acné, los

uniformes de vendedora de shopping center y los overoles de obeso mórbido. Su trompa pétrea ronca y avanza sobre mandíbulas y estómagos atropellados. Fresia se pone tacones y se pinta los labios. Los tacones se quiebran y marcha ahora con bototos militares. Fresia suda, estornuda y escupe. Yergue la cabeza y observa. La ciudadela parece rojiza de tanta víscera. Apenas se distinguen las siluetas humanas en el suelo como si un estallido nuclear las hubiera transformado en sombras. Fresia salpica lodo pringoso de la fosa común. Sus patas se hunden y se ahogan entre los cráneos. Ahuyenta a trompadas las moscones y los insectos que se le pegan y la agujonean. Chapotea entre los bichos y se bambolea en la pudrición de las larvas. No se detiene. Sus pisadas se clavan en las raíces de los cuerpos y estallan los cartílagos. En ganchos cuelga bultos oscuros. Inyecta suero en esas pieles como si fueran escamas de curtiembre. Con ellas coserá sus diferentes disfraces. La guerrera asiática decide rearmar cada uno de los cuerpos con miembros distintos. Piecitos de niño con garganta de inmigrante, clavícula de analfabeto con nuca de soldado, pelo teñido de vendedora de shopping center con genitales de virgen de cerro. La reconozco. Esa elefanta es mi elefanta, mi animala preferida del zoológico. La que alimentaba con oxidadas monedas de diez pesos grabadas con el dorado ángel de la libertad cortando sus cadenas.

2

Fresia come las cenizas de cada habitante de la ciudadela. Las devora en sus entrañas metálicas. Siente cómo la nutre ese canibalismo sagrado. Es un alimento poderoso. Entra en sus venas la sopa ritual, sagrada. Un líquido gris y salino. Salobre sahumero. Así se fortalecerá. Nada la vencerá. Recuerda que los mapuches comían el corazón de su enemigo para adquirir su valor. Nadie sabe exactamente cómo lo hacían ni los detalles. Los recuerdos se mezclan en su memoria, se confunden, se contradicen.

Fresia evoca historias escondidas en algún recodo de su cerebro que le transmitieron sus antepasados. La elefanta goza de memoria privilegiada, retiene sonidos y olores, rutas y distancias recorridas con su manada. No olvida

a los suyos y lleva luto por los huesos de sus muertos. Almacena recuerdos y los transmite de generación en generación.

Antes de la elefanta, Fresia era el nombre de una guerrera de ficción. Su belicosa existencia sólo constaba en la imaginación del poeta. Era un heroína épica creada por el hombre de letras para ilustrar a la mujer mapuche escandalizada por la cobardía de su esposo. Según narra el Album Enciclopédico Mundicrom, al ver al toqui Caupolicán, su derrotado marido, Fresia toma al hijo de ambos de sólo un año de vida y, en un ataque de furia, lo tira al suelo, a los pies de su progenitor. Con ese gesto abdica al título de madre del hijo de un cobarde. Presa de la ira, Fresia le enrostra el haberse dejado capturar vivo a Caupolicán. Le araña el rostro dando alaridos de rabia. Fresia es la primera mujer que aparece en las laminas coleccionables del Album Enciclopédico Mundicrom. Es un nombre que agiganta la figura de una elefanta amazonas y denota cierto respeto y afecto. No en balde la elefanta lleva ese apelativo. Se nota el parentesco de sangre con la mítica araucana. Fresia bien podría haberse llamado Guacolda. Su figura aparece y desaparece, confusa, contradictoria, cambia de nombre. Envuelta entre la bruma, la eterna enamorada de Lautaro, vestida con uniforme mapuche de gala, lo acompaña en sus últimos momentos antes de la caída. Decidida y corajuda, lo sigue en la toma de Concepción, en la Batalla de Mataquito y en el asalto a Santiago. Ella le prohíbe acercarse al campo de batalla porque ha soñado la noche anterior un fin trágico. Le predice a Lautaro el desastre y la muerte. El invasor y sus huestes atacan la ruca donde sus cuerpos duermen abrazados. Mueren juntos en la emboscada tendida por los conquistadores, pero la pluma de Ercilla cuenta que Guacolda hiere a un español antes de morir. El Album Enciclopédico Mundicrom es de incalculable valor educativo y contribuye a la noble labor instructiva de los maestros, educandos y padres de familia. Fresia bien podría haberse llamado Tegalda. Es entonces cuando aparece en escena la lamina coleccionable de la doliente viuda cuyos suspiros Ercilla escucha durante una guardia nocturna. En el momento en que el poeta soldado deja la espada y toma la pluma, siente sus sollozos, provenientes del campo de batalla donde yacen los araucanos abatidos. El hombre de letras divisa entre la oscuridad su silueta que busca entre los cadáveres el cuerpo de su esposo

para evitar que sea devorado por las fieras. Apenas hacía un mes del casamiento de Tegualda, cuando su guerrero cae en la batalla. Al encontrar el cuerpo de su amado, ella intenta suicidarse; pero el poeta la convence de desistir y de llevarse el cadáver.

Fresia Guacolda Tegualda. Tres viudas tristes, rabiosas, fieles, impetuosas. Siempre preparadas para la acción y la contemplación, la adivinación y la sabiduría. Trilogía falsa. Nunca cosieron un botón. Nunca frieron un huevo. Nunca se hicieron un té de melisa. Nunca compraron en la feria. Nunca chutieron un gol. Nunca limpiaron un chiquero. Nunca se limpiaron la baba. Nunca se hicieron un pan. Nunca dijeron conchasumadre. ¿Qué es un hombre de letras? ¿Hay mujeres de letras? ¿Hay mapuches de letras? ¿cuáles son sus materiales? ¿Qué fue lo que impulsó al director del zoo a bautizar al animal más querido por los niños con el nombre Fresia? ¿Qué fue lo que impulsó a la armada a bautizar a tres de sus lanchas torpederas con los nombres Fresia Guacolda Tegualda, custodias de la defensa, dominio y soberanía marítima austral? ¿Hubieran querido tanto los niños a Fresia si se hubiera llamado Guacolda? ¿Qué hubiera pasado si Tegualda hubiera escrito un poema sobre Ercilla? ¿Es todo una fábula? ¿cuántas maneras hay de deshacer una fábula? Fresia se disfraza de Guacolda Tegualda, pero al disfraz se le ven las costuras. En el futuro encontrarán las osamentas de Fresia como sedimentos del desierto. El esqueleto ha sido cubierto por una costra salina y será procesado en una fábrica para convertirse en polvo pulidor.

La elefanta araucana se disfraza de Chica Klenzo. Cuando pequeño me quedaba mañanas enteras viendo el diseño de un envase de Klenzo. Traía dibujado una dueña de casa nórdica que portaba en su mano izquierda un envase del mismo pulcro limpiador a una escala más pequeña. Me imaginaba proyectando a la izquierda una serie interminable de otras mujeres Klenzo con sus delantales impolutos. Una tras otra, hasta el infinito y cada vez más pequeñas. Hacía el esfuerzo de visualizarlas hasta que me dolía la cabeza y me mareaba. El elemento original que estaba en mi mano ordenaba una sucesión de copias cada vez más débiles del envase y de esa mujer de rasgos glaciales y collar de perlas. La serie no tenía ni principio ni final ni en una dirección ni en otra. Fresia también se imaginaba como esa mujer escandinava

con delantal, como si quisiera estar recluida dentro de un envase de limpiador de rucas y de jaulas eternamente.

A coleccionar entonces el Album Enciclopédico Mundicrom y a obtener magníficos premios. Guarde en su poder el álbum completo para cobrar sus premios. Tras el sorteo, los álbumes quedarán en poder los coleccionistas. Si quiere aprender y saber más, con Mundicrom lo conseguirá.

3

Invencible indivisible invisible insondable indomable indescriptible indestructible inimaginable innombrable indañable inconquistable. Su cuerpo desmembrado se regeneró como la cola de una lagartija. Las cejas dieron nacimiento a las lombrices, su útero produjo quínoa, de su abdomen nació el amaranto. De la cola surgió mijo. De los ojos, centeno. De las orejas, maíz. De sus genitales, piñones. En la nariz, legumbres, y en su trompa, trigo. La diosa elefanta es símbolo de abundancia y prosperidad en India, su tierra natal. Una elefanta confía cada día que hallará 225 kilos de hierbas, arbustos y hojas, pastura para alimentarse y la encuentra. Miles de animales débiles se beneficiarán de su confianza en sí misma. Miles se alimentaron del cuerpo de Fresia. Los cortes comenzaron en la nuca. De un trozo de espalda nació la raíz de un árbol, del cuello surgieron ramas y hojas, brotaron pegajosas selvas, bosques, troncos, pétalos, cogollos. De las piernas germinaron lujuriosos follajes, alas de mariposas y helechos. Nidos de insectos y malezas revolotearon por su trompa. El matorral creció con el ir y venir de las hormigas y el zumbido de los bichos se confundió con la lluvia. Sus piernas dóricas convertidas en polvo fueron levantadas por la brisa. Las aves de rapiña picotearon el cuerpo, agujonearon la piel pecosa al sol. El calor hizo lo suyo con la carne seca de elefanta. Hordas de ranas invadieron con éxtasis los huesos en una orgía de tejidos descompuestos. Una plaga de grillos y remolinos de langostas agujerearon las cavidades del cuerpo. Enjambres de mosquitos se hundieron en los órganos del dolor y el placer. El sexo de Fresia consagró un altar verde de renacuajos, enredaderas, hongos y raíces. El vientre de la elefanta albergó un hervidero de bulbos de araucarias y copihues. Sentada sobre un loto

siempre limpio Fresia renació frondosa coronada de tallos. En India hay miles de figuras de deidades elefantas esculpidas en cuarzo rosado. Millones de almas le rinden culto a orillas del Ganges y la adoran en el festival de las luces. Sus feligreses ponen pequeñas lámparas de aceite fuera de las casas y a la orilla del Ganges con la esperanza que la divina vendrá a bendecir sus hogares. Entonan un mantra. Invencible indivisible invisible insondable indomable indescriptible indestructible inimaginable innombrable indañable inconquistable. Fresia levanta las linternas y guía a su pueblo por la oscuridad haciendo el mudra de ofrecimiento.

Nació completamente armada de los pies a la cabeza y mantuvo virginidad perpetua. Fue una guerrera invicta y protectora de héroes y personajes míticos. Tras su muerte, el Zoo intentó preservar su cuerpo para embalsamarlo, pero no fue posible por el exiguo erario público de la institución. El presupuesto estatal sólo alcanzó para cortar la cabeza y preservarla como trofeo de caza en el desvencijado Museo de Historia Natural. Los visitantes entraban en pánico al ver la cabeza del paquidermo colgada en la pared. Llegó a pocos días de fallecida, a bordo de un carruaje fúnebre. Cortaron la cabeza y sólo esa pieza fue taxidermizada bajo parpadeantes tubos fluorescentes. El resto del cuerpo fue reutilizado como abono público. El trabajo de embalsamamiento corrió por cuenta del taxidermista del museo. La rellenaron con una cazuela. La rugosa piel fue curtida por el artesano calificado durante meses. Cosieron puntada a puntada la epidermis y las capas de cutícula con grandes agujas. La remendaron mediante una red de nudos, amarras y parches de pellejos. La armaron como un rompecabezas de trapos y cicatrices. Su cabeza se convirtió en un gran agujero zurcido donde cabe todo.

Vivió cientos de años en el Zoo, compartiendo perímetro con cebras, cocodrilos, mandriles, lobos marinos, lauchas y guarenes varios. Su lugar sería ampliado al foso que hoy habita la pareja de elefantes que la sucedieron. En varias oportunidades debió ser intervenida para sacarle sacos de monedas de diez pesos depositadas en su estómago. Producto de esa papilla de sedimentos tóxicos que la inundó, fue atacada por una artrosis degenerativa que le impedía mantenerse en pie. Inválida, sus cinco toneladas de peso la fueron asfixiando. La quejumbrosa y descomunal agonía duró meses. Tullida e

indefensa, los veterinarios del Zoo estatal le practicaron eutanasia para convertirla en santa. La muerte dulce de la elefanta, como la de todo funcionario público de alto rango, se convirtió en una piadosa liturgia republicana y causó consternación entre la ciudadanía. En el lecho de muerte hubo discursos de destacados oradores y hasta el Presidente de la Nación tomó la palabra fingiendo pesadumbre gubernamental. Sobre el cadáver sin cabeza se desplegó un desproporcionado emblema nacional y luego los sollozantes concurrentes aullaron el himno patrio como una jauría de quiltros vagos.

A los pocos días del funeral de Estado, el personal del Zoo encontró una cinta de cine. En ella había una secuencia de película en blanco y negro de finales de la década del 30 en donde se muestra la bienvenida a Fresia, una pequeña elefanta de la India de la altura de un ser humano que llegaba a la ciudadela. Es la mejor película de todos los tiempos. El final quita el habla. Puede verse infinidad de veces con la misma devoción. Es inagotable en detalles misteriosos y no hay una sola secuencia que no sea de antología. La película se rasga y entra Fresia. Horada el celuloide semitransparente. En la mudez de las paredes del cine las imágenes se retuercen. Ahí emergen los actores secundarios, los contorsionistas, los siameses, los luchadores de box, los ciclistas, los trabajadores circenses, los animales amaestrados, el aullido del público que le daba a comer monedas, el proyector de cine, el gag desquiciado y los créditos cinematográficos. Para Fresia no hay diferencia entre arte y herida. Al final, el cine sólo es un error de la retina humana. La retina no es capaz de darse cuenta que la imagen en movimiento no es más que una serie de fotogramas uno tras otro. Se apagan las lámparas de la sala. En el lenguaje cinematográfico todos los cuerpos son una mutilación. Fresia es una hierática diva del cine, una heroína espectral, una estrella mortecina de las películas mudas. Como no asociarla a una musa buñuelesca con el ojo mutilado, raquíca, interrumpida, convertida en un icono pop y bíblico. Fresia es filmada por su taxidermista en el lecho de muerte, un cineasta obsesivo que registra la operación de desmembramiento. Gracias a él, Fresia se convierte en una diva del jazz, el pop art, la televisión y los cómics, una diosa elefanta dibujada al interior de un mandala infinito. La película se instaló dentro de la cabeza



rebanada de Fresia. En vez de sus meninges había una cámara de cine que filmaba a cada uno de los visitantes del museo. Todo lo que experimentaba era una secuencia de un largometraje en tono sepia. Yo Claudio. Era el nombre de una serie inglesa que daban en la tele ochentera. Yo Fresia. Así se llamaría esta película perpetua donde la elefanta era la directora, la narradora, la guionista, la editora, la camarógrafa y la protagonista. Fresia utilizaría la voz en off omnisciente. Las proyecciones comenzaban a la hora de apertura del museo y terminaban cuando la cámara se apagaba al cerrar sus ojos al final del día. Al final de la película aparecía una larga lista de nombres, cada uno identificado junto a un oficio distinto, que supuestamente en conjunto permitían la realización. Como Fresia en su filme lo hacía todo, se preguntaba que significaban las palabras sonido, continuidad, fotografía, guión, escenografía, producción, utilería, vestuario, peinados, musicalización, cámaras, iluminación, edición o maquillaje. Se imaginaba todo en cámara subjetiva. De un día para otro Fresia descubrió el poder sobre sus recuerdos. Si en la memoria tenía registrado que los niños del Zoo le daban de comer monedas no era ella quien había sufrido los estragos del metal depositándose en su estómago simplemente era una guión que debió interpretar. Las vejaciones que sufrió dolían menos porque sabía que alguien las vería algún día y pondría orden. Si recordaba a algún animal del Zoo sufriendo por alguna humillación en realidad que no había sufrido, era sólo un rol que tenía que cumplir. Los gritos de los visitantes, las discusiones de los funcionarios del Zoo y el dolor de la artrosis no le afectaban y se alejaba. Todo era parte de una gran representación. Filmar era olvidar. Todas sus pellejerías se las imaginaba como una película dentro de la gran película que era su encierro. Se sumergía en las imágenes y cuando se cansaba colocaba un letrero que decía “continuará en un próximo capítulo” para enganchar a sus espectadores de matiné. El aparato filmador estaba ubicado dentro de su cabeza y lo registraba todo. Una película con un sólo espectador y protagonista. Su mente era grabador y pantalla a la vez. La banda sonora eran los ruidos cotidianos del Zoo, los sonidos de las jaulas, los gritos de la gente protestando en la ciudadela, la música que prevenía de las radios de los cuidadores. La atracción que produce la película de Fresia radica en que esconde secretos y mensajes cifrados. Fresia es una apasionada por los filmes

o las obras de arte que admira y las cita dentro de su cinta. Al ver una y otra vez su película esas claves aparentemente crípticas se vuelven habituales, reconocibles y adorables. En su postulado de reflejar el lado kafkiano de un zoológico, hay elementos siniestros desde la primera escena: un personaje ve una sitcom protagonizada por una familia de elefantes sin cabeza. Es una sitcom con risas pregrabadas. Fresia también podría ser una artista plástica. Su vocación se vislumbra en los elaborados decorados de sus escenografías que parecen sombrías instalaciones contemporáneas. Fresia está enamorada de las texturas, elementos que no aportan nada especial a la trama pero que definen la atmósfera y los personajes. El terciopelo de las jaulas, el plástico del descuartizamiento o la piel animal curtida aportan desde su sutileza una información que construye en el inconsciente del espectador el clima que Fresia desea. Incluso se podría decir que se inspira en los cuadros de Francis Bacon, como en la escena donde su cercenada cabeza se desdibuja en el museo para convertirse en la sonrisa de un diabólico clown y asustar a los niños. La trama no tiene importancia en sí misma. ¿Una parodia a la decadencia del sistema de zoológicos y museos nacionales?, ¿un cruce metafísico entre El jinete sin cabeza y El hombre elefante?, ¿el desdoblamiento de una actriz de blonda cabellera en una elefanta hollywoodense?. Precisamente la palabra land figuró hasta 1949 en el mítico letrero de Hollywood. En esa época decía Hollywoodland. Quizá esas cuatro letras restantes están perdidas junto a los restos desmembrados de Fresia en algún set onírico de algún estudio californiano de los años 30. Ella imprimió ese ambiente mortecino en el filme. Durante los créditos finales de la última película de Fresia desfilan sus trozos cercenados. El cine dentro del cine. Fresia dentro de Fresia. Invencible indivisible invisible insondable indomable indescriptible indestructible inimaginable innombrable indañable inconquistable.

4

Sonrían, damas y caballeros. Voy a deletrear su nombre. Ustedes son ahora tan prisioneros como ella. Sonrían, damas y caballeros. Ya no habrá más elefanta en el zoológico. Ella ha muerto. Ya no habrá más espectáculo para los

niños, para los sádicos que le ofrecían monedas y piedras que horadaban su esófago. Yo la amaba. Qué indignación, qué ignominia, nadie la defendía. Ella era el gran espectáculo de feria. Un animal de atracción.

Damas y Caballeros. Los bramidos de su trompa todavía se escuchan en las laderas del cerro de la virgen. Ella se fue sin avisar. Arrancaba las sonrisas de los niños, las excitaciones de los zoofílicos. Como si fuera una gran vedette, hasta en invierno ella exhibía sus partes pudendas al aire, incluso ante un público infantil. Ella, la estrella del gran espectáculo zoológico, del Bim Bam Bum de Noé. Señoras y señores. La Elefanta Ha Muerto.

Voy a deletrear su nombre. Seis letras. Zoofílicos: la tenían al alcance de la mano. Nunca pudo ser fecundada por elefante alguno. Era la única en su especie en la zona. Tenía las manos atadas, nunca nadie le dijo un piropo en su gigantesco lóbulo. Hubiera sido su gran consuelo a la soledad, aunque fuera el oso polar, las hienas, una serpiente o el cocodrilo. ¡Pero a ustedes qué les importa! Nunca la quisieron. Ella está en otro sitio ahora. Voy a deletrear su nombre.

Su cabeza se puede hallar como trofeo de caza en el Museo de Historia Natural. Con su trompa lacia y los ojos tristes quizá recordando las toneladas de basura que ingirió y que permanecieron en su estómago por 50 años. Ella fue embalsamada, pero como ninguna institución del Estado tenía el presupuesto suficiente para disecar su cuerpo completo sólo su cabeza pasó por el hábil taxidermista. El resto del cuerpo quién sabe dónde está. En qué cadena de supermercados. Como en la película de Jodorowsky. Santa Sangre. A un elefante muerto lo tiran por un acantilado donde lo esperan hordas de hambrientos que con sus machetes filetean al animal. La única vez que vi esa película, vomité. Había comido empanaditas de pera y vomité desde una gradería en altura.

Protagonizando esa clase de bajezas y de humillaciones transcurrió su vida miserable soportando el óxido acumulado en su estómago por la cantidad de monedas que los niños le daban a comer. Pesos, después escudos y luego de nuevo pesos. Elevo una plegaria en su nombre, heredado de la brava mujer de Caupolicán. Quizá su sino trágico ya estaba predeterminado con la elección de ese nombre.

A la mañana siguiente de la muerte de la elefante, el zoológico apareció plagado de hojas negras, muertas y ásperas. El sol empezaba a salir, pero ningún animal gruñó o bramó. Ese día su nariz no se elevaría al cielo. Al menos ya nadie le daría de comer porquerías.

Todas las campanas sonaron al unísono en recuerdo de quien fuera el único símbolo animal de la ciudad el día de su fallecimiento. Hoy existe una asociación compuesta por 3.003 metropolitanos que honran su memoria. GAF (Grupo de Amigos de Fresia). Su objetivo principal es venerar su figura y traspasar a las nuevas generaciones el carácter transversal de este icono que sobrevivió al golpe de Estado, innumerables presidentes de la república, las frustradas clasificaciones a campeonatos de fútbol y juegos olímpicos. Yo soy uno de los últimos integrantes de este grupo y hasta hoy recuerdo su figura de heroína.

Sobre el resto de su cuerpo no hay certeza. Creo que una de sus patas -la derecha- camina por la estepa asiática, lugar de donde nunca debió ser arrancada. La izquierda podría estar sirviendo de pisapapeles del hacedor universal.

Ella era el símbolo del zoológico y de la metrópolis. Por suerte no alcanzó a ver la arremetida de los malls, los cines multiplex, los celulares que sacan fotos, los TLCs, la paz entre un elefante musulmán y una elefanta judía, la caída de la Torres, la versión electroclash de la tierna canción que le dedicó Mazapán, ser nombrada hija ilustre de la localidad de Fresia, la tierra del Mamo Contreras. El resto del cuerpo que no fue embalsamado voló por los aires y un helicóptero puma castrense lo arrojó al mar.

Un estruendoso splash se produjo en la costa de la zona central. Bienvenida. Dijeron otros que corrieron la misma suerte.

Miro todos los días en silencio la foto que me saqué en el Jumbo junto a una elefanta que la imitaba. Rápidamente me di cuenta de que no era la verdadera. Se le notaban las costuras a la rápida del disfraz. La ropa que usaba en esa época paradójicamente se ha puesto de moda otra vez.

Algo en común tengo con Fresia en esa polaroid descolorida. Ninguno de los dos tuvimos la oportunidad de amar a alguien de nuestra especie. Pero quien dijo que era fácil amar. Voy a deletrear su nombre.

No volveré a pronunciar su nombre. Quizá necesita otros nombres. La bautizaré Hortensia o Rosa. Lucila o Luzmira. Esos nombres le sientan bien. Vamos a dejarla tranquila a la elefanta.

Te pedimos excusas por todos los excesos y barrabasadas cometidas en contra tuya hasta después de tu muerte. Todo esto ya no te importa, pero te pido perdón. ¿Estás muerta? ¿Tienes sed, hambre? ¿Sonríes?

5

Soy un ser humano. Soy un ser humano. Siempre detesté esa escena de la película El Hombre Elefante. Soy una elefanta y no soporto que ese personaje no sienta orgullo de su apodo. Llegué hace 50 años desde Asia. No soy una elefanta africana cualquiera, como hay tantas. Soy asiática. Esbelta, refinada y encantadoramente pacífica. Oriunda de la India. Mis 50 años se podrían resumir en una sola palabra. Amor. Mierda. Qué habrá pasado. Ya no escucho el cañonazo de las doce. Si me hubiera quedado en India hubiera sido fecundada por cientos de elefantes. Al permanecer inmaculada arriba de un cerro presidido por una virgen tuve la oportunidad de disfrutar de las bondades del amor platónico. Ya, ya voy mi amor, deje contarles a ellos nuestro idilio. Un día el amor llegó y me dio vuelta de un trompazo. No le temo al amor. He sido una de las pocas de mi especie que he podido elegir enamorarme. Nunca he caído víctima de los celos o la envidia como otras paquidermas. Valoro la independencia y libertad de mi pareja. Mierda. Por qué no sonará el cañonazo de las doce. No me gusta el museo donde tienen mi cabeza. Sin el resto de mi cuerpo me siento desnuda. En vez de elefanta ahora soy como un gran agujero. A mi cuerpo lo dejaron pudrirse, no lo disecaron por falta de presupuesto estatal. No les voy a negar que me siento mejor así. Estoy más liviana, es cierto.

No les conmueve mi testimonio. Si algún periodista me pregunta cómo fue mi vida, contestaría que soy una leyenda, e inmediatamente diría, altiva, alguna otra pregunta, por favor, no se contengan, aplaudan, como a las grandes divas del cine. No sean tímidos, alábenme. Sonrían o lloren, cualquier cosa. Miren que el episodio inicial de mi talk show desde el Museo de Historia Natural debe

tener una audiencia arrasadora. Bueno no he terminado. El amor para mí es. Mierda. Por qué no escucharé el cañonazo. Mi enamorado dejó de interesarse en el glamour, en las modelos top. You are so incredible tonight. No se deja deslumbrar por los destellos de los espejos de colores. Prefirió consagrarse a mí, venerarme, idolatrarme. Fui la reina del ZOO para él. De todas maneras no fue el único. También me tincas tú, el de la jardinera azul que todos días me trae alimento. Nunca has fallado. Tampoco nunca te has sobrepasado conmigo aunque ganas no me han faltado de tomarte con mi trompa y aprisionarte contra mi pecho. Me excita cuando me lavas con ese chorro potente y persistente, cuando jabonas mi espalda y me limpias a baldazos. Pero qué dirían en la administración del ZOO si hiciéramos público lo nuestro. No nos entenderían. Pero yo sólo tengo ojos para uno, para mi admirador. El de la jardinera azul lo hacía por trabajo y tú lo haces por placer. El público iba solamente los fines de semana pero tú estabas todos los días a mi lado. El sólo me prefería a mí, no veía a otras animalas. También me defendió de una zonga canción infantil que me ridiculizaba aseverando que salgo a pasear en bicicleta, con sombrilla y vestida de tul. Vomito al pensar en esa imagen. Mi amado no pudo defenderme en el momento crucial. La disección. Desollaron mi cuerpo. Cadáver. Podredumbre. Despojos. Cortaron mi cabeza. Desnuda en la mesa del taxidermista. Sacaron mis milenarios intestinos que fueron a parar al basurero metropolitano. El no pudo hacer nada por mí, aunque estuvo presente durante la obscena operación. El no tenía la culpa de ser taxidermista en práctica del ZOO. Separó mi piel, mis kilos de grasa y los expuso por primera vez a la luz. Desmembraron patas y cuerpo. Desmantelaron mis huesos. Si bien cedí toda mi envergadura, jamás tocaron mi trompa. Mi cuerpo convertido en carroña pero la trompa permaneció intacta. El, el predador, con su bisturí hábil rasgó mi hígado sideral y una lágrima afloró por la mejilla de mi amado carnicero. Se repartieron mi cuerpo las aves de rapiña. Depredadores carnívoros. Con sus picos ganchudos desgarraban mi carne en presas. Al menos respetaron mi trompa. El lloró durante días. Ese fue nuestro gran lecho conyugal. La mesa de operaciones. La morgue. El iba recibiendo mis interiores y depositándolos en bolsas negras. El sólo seguía instrucciones de sus superiores. Mierda por qué ya no siento el cañonazo de

las doce. Viví en un reality show durante 50 años. Encerrada y a la vista del público. Ya no habrá más show. Sólo queda un animal frágil. Soy un animal. Soy un animal. Fin del espectáculo.

En las noches los guardias del museo dicen ver su extensa trompa oscilar levemente produciendo una suave brisa que apacigua la canícula de las noches de verano. La trompa asemeja un gran falo flácido. Dicen los aseadores.

Emilio Antilef

1

Lunes: clases de piano, martes: clases de pintura, miércoles y jueves: inglés, viernes: guitarra clásica, sábado: fútbol, domingo: primera comunión. Al llegar de vacaciones, Emilio Antilef ya sabía que le deparaba para el resto del año después del colegio. Todo estaba calendarizado en un lienzo de vistosos colores. Arriba de su cama aparecía cada principio de temporada escolar un recordatorio visual con todos los días, horarios y nombres de los profesores particulares que impartirían las diferentes materias hasta diciembre. Diez meses duraba el padecimiento. A Emilio Antilef no le gustaba el piano, la pintura, las clases de inglés, la guitarra clásica ni el fútbol. Menos la primera comunión. Ay de Emilio si llegaba a faltar a uno de sus adiestramientos, como le gustaba llamarlos a sus indómitos progenitores. Obviamente el resto del tiempo transcurría frente a la televisión, aunque al Señor (bajo ese apelativo tenía que saludar a su padre) no le gustaba que Emilio viera la caja idiota ni tampoco que saliera de la ruca a jugar con sus amigos.

Pero sus ganas de ser irradiado por los rayos catódicos no se reprimían. Al contrario, se multiplicaban. Era un televisor con patas y que más parecía mueble porque su madre le colocaba arriba un pañito bordado con figuritas plásticas que imitaban cisnes. Para contrarrestar la severa ley paterna de no ver televisión se quedaba pasmado frente a la pantalla por horas, siempre en

ausencia de su pater familia. Le gustaba cambiar de un canal a otro y dar vuelta la sintonía fina como si fuera una ruleta. Debía apagar el aparato una hora antes de su llegada para que se alcanzaran a enfriar los tubos porque lo primero que hacía su adorable padre al arribar a casa era colocar su rugosa mano detrás del televisor Antú para percatarse que estaba frío. Era su forma de cerciorarse de que no lo había prendido durante la tarde.

Fue tal su obsesión que prendía el televisor a las siete de la mañana. Al momento exacto de la partida de su padre. Debía esperar al menos dos horas para que se iniciaran las transmisiones de los dos canales principales. A las 11 horas se transmitía el festival de dibujos animados, Ya somos amigos, Mazinger Z. Luego, el Show del Conejito TV y el Show del Tío Alejandro. En el intermedio, Emilio se quedaba pasmado frente a las franjitas de colores de la carta de ajuste.

El plan funcionó a la perfección hasta que su padre empezó a desconfiar de su obediencia. Comenzó a llegar a horas diferentes y en forma inesperada. Tretas suyas que no le dejaban el tiempo suficiente para apagar el receptor con anticipación. Como nunca olvidaba poner su enorme y áspera mano detrás del televisor descubría sus faltas. Castigo: encierro en su pieza con la luz apagada. Su padre empezó a aparecerse por casa en cualquier momento para evitar que Emilio sintonizara sus programas favoritos. Pero no podía estar todo el día pendiente de él. La solución que encontró fue llevarse al trabajo el cable alargador que permitía encender el televisor ya que el enchufe era muy corto y no alcanzaba a conectarse directamente a la toma de corriente.

Ante esa adversidad insalvable para su ingenio infantil, Emilio Antilef debía arrastrar el televisor unos metros para hacer el empalme con la electricidad, tarea que le tomaba una media hora con intervalos de cinco minutos de arrastre y otros cinco minutos de descanso. Dos horas antes de la llegada de su padre Caupolicán, comenzaba con la torturante labor de devolver el televisor a su lugar. Dos horas en total de trabajos porque a la media hora de acarreo debía sumarle treinta minutos más para arreglar el suelo de la ruca que quedaba con las marcas que dejaba el transporte del televisor.

La hora restante transcurría para que el televisor se enfriara. Era un aparato a tubos. La imagen en blanco y negro aparecía luego de cinco minutos que esos



tubos se calentaran. Lentamente aparecía un punto negro que iba creciendo hasta abarcar la totalidad de la pantalla. Un día se quedé dormido frente a la pantalla y no alcanzó a realizar el rito de mudanza.

La próxima artimaña de su padre fue esconder el televisor en un closet con llave. Su astucia impúber le permitía introducir la mano en la puerta corredera del compartimento, sacar el enchufe, conectarlo al empalme más cercano con la ayuda de un alargador, prender el televisor y solazarse escuchando sus programas predilectos. Sólo los escuchaba, no podía verlos.

Una tarde el televisor no prendió y empezó a salir un olor a quemado desde el interior. La vida de Emilio Antilef carecía de sentido. Al llegar la noche, su padre sacó el televisor de su enclaustramiento. Se percató que el receptor no estaba del todo malogrado. No había sonido. La imagen se veía, la pantalla estaba en perfecto estado, pero los sonidos no se escuchaban. Obviamente, su padre dilató la visita del técnico. Por meses Emilio estuvo condenado a ver televisión muda. Con el desperfecto, la obsesión antitelevísiva de su padre fue menguando. Emilio le pedía a un vecino que colocara el volumen de su aparato lo suficientemente fuerte para que él lo escuchara desde su casa. A pesar que el ocupante de la casa del lado aceptó sus requerimientos, no les gustaban los mismos programas. Ante la adversidad, empezó a crear por sus propios medios los sonidos y voces que provenían de la pantalla. Creaba libretos, bandas musicales, características y ruidos diversos para darle vida a las emisiones diarias. Aprendió a leer los labios de los animadores y a hacer coincidir exactamente su voz con el movimiento de las bocas de los conductores. Inventaba los registros y tonalidades de cada uno de ellos.

La televisión le empezó a aburrir a Emilio Antilef. No veía los programas. Lo que más le gustaba era cambiar de un canal a otro y dar vuelta la sintonía fina como si fuera una ruleta. Le encantaba girar la perilla del televisor. En esa época no existían los controles remotos y no quedaba otra que levantarse a cambiar el canal. El televisor Antú, armado por la Industria de Radio y Televisión, IRT, era 100 % chileno y en el sintonizador llevaba un escudo nacional. Si se echaba a perder el sintonizador, Emilio Antilef usaba un alicate para cambiar los canales.

Un día saliendo de su colegio Emilio presenció una protesta. Los transeúntes gritaban consignas contra el régimen. Los carros policíacos los perseguían tirándoles agua pestilente y gases que enceguecían y no dejaban respirar. Emilio corría al lado de los opositores que se tapaban los ojos y narices. Sus padres vivían asfixiados y con miedo de cualquier roce con las patrullas que peinaban los barrios con allanamientos para eliminar a los enemigos internos de las calles pavimentadas por el PEM y el POJH. Había panfletos llamando a la rebelión y rayados con spray rojo en las paredes, pero en la televisión se transmitían equívocos comerciales de paracetamol que las vecinas infortunadamente confundían con anticonceptivos, culebrones mexicanos, galas con vedettes transmitidas desde el Teatro-Casino Las Vegas, una canción que decía Ríe cuando todo estén tristes y sketches cómicos auspiciados por Ollas Marmicoc, Sabrosalsa Deyco, Guitarras Tizona, Chancaca Deliciosa, Poncho Lindo, Calefont Splendid, Salsital salsa de tomates que da mucho mucho más, Betún Virginia una pasadita y basta, Cocilamp el genio del crédito, Aluminio El Mono, La casa del pie chiquitito, Corona lo soluciona, Sombrerería Donde golpea el monito.

En el colegio lo obligaban a ir a saludar al dictador cuando estaba de cumpleaños. Todos los 10 de agosto tenía que levantarse temprano, vestir uniforme impecable y sin chaleco, pura camisa aunque hiciera frío. Sólo algunos eran los privilegiados que iban a saludar al capitán general. El inspector del colegio reclutaba y adoctrinaba a los que tenían las mejores notas y una hoja de vida impecable. Era un alto honor ser seleccionado para ir a saludarlo. No había forma de negarse bajo pena de suspensión y, al final del año, de expulsión del colegio. Nadie decía nada. Muchas veces Emilio se ha preguntado porqué nunca nadie se negó a ir si ninguno de los elegidos año a año quería hacerlo.

Todos los 10 de agosto se tenía que instalar a la orilla de una carretera para vitorear al capitán general justo cuando pasara en su auto blindado a gran velocidad con pancartas y plumeros de papel.

Emilio vivía en los extramuros de la ciudadela flanqueada por miguelitos. Sin

vecinos, sin amigos porque producto del miedo no era prudente salir a la calle o visitar otras rucas. Nunca hubo malones ni invitados. Todo podía ser sospechoso para los soplones del barrio. Estaba fuera de todo. Sin contacto con el exterior. En su familia tampoco se tocaban entre ellos. Atemorizados, el pánico los paralizaba. Estaba separado del mundo. Cualquier acto de rebeldía o experiencia nueva le producía pavor y se silenciaba todo atisbo de opinión. Estaba condenado al silencio de las paredes frías. Expresar cualquier disidencia era una infracción a las reglas del juego que podía costar caro. A sus padres Caupolicán Fresia los obligaban a ir a las manifestaciones públicas a favor del régimen frente al Altar de la Patria y la Llama de la Libertad. Los pasaban a buscar al trabajo en micros contratadas especialmente para la ocasión y los trasladaban al lugar de reunión. Ellos llegaban al lugar, se perdían entre la multitud y de inmediato emprendían camino a casa para aprovechar la tarde libre. El acto y el desfile de caravanas lo veían por la cadena de televisión organizada por Dinacos y al otro día comentaban los detalles con sus compañeros para aparentar. Llevaban una vida ignorante e ignorada. Seguramente, le pasaba lo mismo a todos sus compañeros y a sus profesores. Ellos también estaban silenciados y debían acatar las órdenes. En el colegio, los obligaban a entregar a Cema-Chile los juguetes de madera que hacían en la clase de técnicas manuales. Un regalo para los niños pobres, les decían, aunque él mismo no tuviera juguetes. Dónde estarán esos camiones y autos pintados de colores. Quizá todavía arrumbados en alguna bodega militar. Al tiempo sus padres lo llevaron a un programa de televisión infantil. Todo era irreal y lejano. Las maderas estaban mal pintadas y las escenografías eran desprolijas e inverosímiles.

Emilio Antilef se sintió mal y lo tuvieron que sacar del set al ver al personaje de la Chancha Pigi sacándose la cabeza de su disfraz. De improviso, descubrió que era un enano quien estaba debajo del traje de espuma. La colita es mía, es mía doctor, la inyección no no no.

con chapitas, sombreros, pegatinas, plumeros, poleras, muñequeras y banderines con el eslogan No, la alegría ya viene. Para la época del plebiscito, era tal mi desprecio a mi padre que contradecía cualquiera de sus órdenes, entre ellas, apoyar al Si. Como no tenía derecho a voto seguí las alternativas del proceso eleccionario desde mi televisor IRT. Presentía que esa iba a ser una jornada que cambiaría para siempre la relación con mi progenitor. La tensión era inaguantable y la idea de ver a mi padre derrotado me hacía feliz. Ese día empapelé la casa con pósters de No + y No al dictador, lo que complicó las cosas entre nosotros. En la mañana me puse mi pasamontañas y decidí cercar a mi padre para que no pudiera ir a votar por el Si. Cambié todos los relojes de la casa. Como los atrasé cuatro horas, al mediodía él todavía no se levantaba. Cuando se dio cuenta del ardid, raudamente trató de ir a votar, pero no encontró su carnet de identidad porque yo se lo había escondido. No contaba con que tuviera una cédula de repuesto ante cualquier eventualidad. El resto de mis intentonas fueron infructuosas. Le eché un par de calmantes a su café. Antes de tomar el primer sorbo se le cayó la taza de entre sus manos. Al menos, se quemó la mano. Con infinita astucia, a la salida de la casa había emplazado un balde con agua suspendido del borde superior de la puerta semiabierto con tal que al traspasar el umbral quedara empapado. El chapuzón lo retrasó unos quince minutos. Eran las tres y media de la tarde y todavía no votaba. Mi último recurso fue el más temerario de todos: entintarle mientras estaba distraído uno de sus dedos con un tampón para que creyeran que estaba votando por segunda vez. Para mi desgracia la pintura no era indeleble y logró borrarse la mancha.

Lo que más le molestaba a mi padre era que yo usara pasamontañas. Era camarógrafo y trabajaba en una agencia que estaba a cargo de la franja electoral del Si. Era un esbirro más de la campaña comunicacional de Pinochet. Incluso, debió realizar algunos de los pasajes más indecorosos de la franja televisiva oficialista como las entrevistas a mujeres de ex líderes opositores quienes hablaban con el mayor de los desprecios y contando intimidades acerca de sus antiguos maridos. También colaboró en las parodias a los spots de la franja opositora sobre la viejita que no le alcanzaba la plata ni para comprarse una bolsita de té, teniendo que convencer a la señora en cuestión

con un succulento cheque para que se diera vuelta la chaqueta. Fue uno de los artífices de la campaña del terror recolectando imágenes de colas en la Unidad Popular o de un Patricio Bañados leyendo antiguos noticieros oficialistas elogiosas a Pinochet. Para colmo de males, lo obligaron a participar de la imitación de videoclip del No, La alegría ya viene, reemplazado por la frase Los marxistas ya vienen, con encapuchados vestidos de negro y enarbolando tétricas banderas rojas. Al interior de la familia se recreó un sistema totalitario y represivo. Mi padre no me dejaba salir a jugar con mis amigos y no me permitía tener ideas contrarias a las suyas. Para mí el enemigo no era Pinochet, sino él. A mi padre era a quien había que eliminar y ese 5 de octubre yo estaba en su contra. Cuando pequeño creía que mi país era el único en el mundo que vivía en dictadura y Pinochet era el único tirano del planeta. Me lamentaba de la mala suerte de haber nacido chileno. Eramos un caso raro en la humanidad. Creía que estábamos castigados y éramos un extraño país donde el presidente no se elegía. Por ser un nación horrenda teníamos un dictador eterno, pobre y feo. Mi padre tenía su propio dilema interno, una dicotomía privada. Fue de izquierda en su período universitario, que también coincidió con la Unidad Popular. Usaba el pelo largo, anteojos negros de marco grueso, bolso artesanal. Conducía una citroneta naranja, fumaba marihuana. Creía en la vía chilena al socialismo, la revolución con sabor a vino tinto y empanadas, el poder popular, el medio litro de leche diario, la abolición de la propiedad privada, la Reforma Agraria, el amor libre, la Nueva Canción, el fin de la guerra de Vietnam, la Revolución Cubana, las milicias y tribunales populares, la estatización de las industrias, la nacionalización del cobre y la Escuela Nacional Unificada. Después del 73 todas esas quimeras desaparecieron. Los discos de Quilapayún, Víctor Jara, los Minilibros de Quimantú, las ediciones de las revistas Quinta Rueda, Cabrochico, Nosotros los chilenos y el Manifiesto Comunista quedaron confinados al entretecho cubiertos con plástico negro. Estaba prohibido hablar de esos libros en el colegio o en alguna reunión familiar. El 73 los militares allanaron las casas buscando libros prohibidos. Oficiales destruyeron en fogatas miles de ejemplares considerados peligrosos y disociadores. En ese albergue polvoriento de mis padres habían escondidos publicaciones envueltas en forros negros y estratégicamente. El 5 de octubre

encontré deslizada al fondo de esa madriguera oculta una setentera revista Paloma guardada por mi padre. En ella se publicaba un reportaje sobre el hombre-objeto. Era uno de esos artículos feministas que trataban de esgrimir una respuesta al modelo de mujer-objeto impuesto en esa época. En el artículo con colores saturados, pasados de moda, aparecían una serie de hombres semidesnudos. La imagen que más me llamó la atención del reportaje fue una reproducción del David, de Miguel Angel. No podía dejar de contemplar aturcido mi preciado hallazgo. Mi padre hubiera estado orgulloso de mí. En vez de aprovechar el tiempo jugando a la pelota como el resto de los niños contemplaba absorto e hipnotizado el arte renacentista. Lo que no se hubiera imaginado mi progenitor era que mis ojos no se despegaban de los muslos, brazos, torso y pubis del efebo. Mi padre jamás hubiera sospechado de mi adicción al bíblico personaje. Por largo rato no pude dejar de observar el mármol hecho carne. Durante la contemplación en ese nido de textos prohibidos, me hundía en el éxtasis febril del arte clásico. Había encontrado un objeto de deseo y me volvería adicto a la belleza y la estética renacentista escondida en el fondo de un escondrijo. Mi propio cuerpo me parecía esmirriado y enjuto en comparación con la fibrosa musculatura del David. Pensaba que jamás alguien podría desearme. Me miré al espejo y me encontraba enclenque. No aceptaba no tener una anatomía perfecta. Mis piernas debiluchas parecían hilos al viento. Me daban vergüenza. En mi familia existía la costumbre de no decirle a los niños que eran hermosos por miedo a que se transformaran en seres vanidosos. Conmigo se les había pasado la mano. Creía que era la criatura más fea del mundo y que nunca nadie me iba a querer. Mi padre reprimía cualquier tipo de demostración de afecto. Recordaba los avisos publicitarios de la televisión con parejas haciéndose cariño o besándose. Pensaba que formaba parte de un tipo de personas que por feos nadie los besaba o les hacía cariño. Como creía que la gente no me quería y que sólo me haría daño ese día decidí que no saldría más a la calle a jugar con los demás niños. Pasaría horas encerrado en esa pieza creando un mundo paralelo donde me dedicaría a contemplar al David, de Miguel Angel. Imaginaba mi cuerpo con la musculatura del héroe y que yo mismo lograría vencer a Goliat. Imitaba las posturas físicas que asumía la estatua a la hora del

lanzamiento, en el instante anterior a la propulsión de la piedra contra el gigante Goliat. Los músculos extensores de la cadera y de la rodilla derecha se contraían de modo exacto, la rodilla se bloqueaba y el resto de la pierna derecha permanecía inmóvil. Los músculos de los miembros izquierdos, los del brazo, del antebrazo y de la pierna, estaban prestos a impulsar la honda victoriosa. Así transcurrió la tarde del 5 de octubre de 1988 mientras mi padre votaba por el Si. Mesas constituidas, proceso eleccionario, apoderados de mesa, marca de tinta indeleble en el dedo pulgar, plebiscito Augusto Pinochet Ugarte -Sí -No. Franja electoral. No hasta vencer. Sí, un país ganador. Somos Millones. No +. Todo era un lenguaje nuevo y desconocido. Ya era de noche y me senté a ver televisión. Los programas especiales habían sido suspendido por la falta de información y transmitían en su reemplazo El coyote y el Correcaminos. La radio Cooperativa anunciaba en titulares: votos escrutados 7.236.241. Nulos, 1,30%. Blancos: 0,90%. Si, 43,0%. No, 54,7%.

5

Cada vez que pasábamos por la Panamericana me sorprendía ver emerger entre la planicie de techos de casas un gigantesco edificio a medio terminar que desentonaba con el resto del conjunto. Las casas eran de ladrillos, pareadas, cada una pintada de colores diversos. Ninguna tenía segundo piso. A diferencia de la mole de cemento que en mi imaginación alcanzaba unos cien pisos. A veces, fantaseaba con que el edificio era una nave espacial que había aterrizado en el lugar sepultando a varias casas del sector. Pasé meses pensando sobre el origen del gigante hasta que durante un almuerzo de día domingo les pregunté a mis padres. Me contaron que ese iba a ser un gran hospital construido por Allende para el pueblo, el más grande del país que se llamaría Hospital de Ochagavía. Pero que no se alcanzó a terminar, que no estaba en los planes de la dictadura terminarlo y que poco a poco la gente se había robado los azulejos, los artefactos de los baños y hasta los ascensores. Durante ese almuerzo me contaron la historia de mi hermana mayor. Hasta ese momento yo creía que era el primogénito de la familia. No era así.

Dos años antes de mi nacimiento mis progenitores concibieron a su primer hijo, una niña. Ella no llegó a nacer, murió durante el parto, precisamente el mismo día en que se paralizaron las construcciones del hospital de Ochagavía. Ella agonizó asfixiada por su intrincado cordón umbilical y tuvo un cálido deceso mientras salía del útero de mi madre. Desde el día en que me relataron el suceso me sentí muy cercano a esa niña, más allá de compartir el mismo nombre, que mis padres me habían puesto en su homenaje. Empecé a tener constantes pesadillas sobre ella. Me despertaba todas las noches angustiado después de soñar con la imagen de mi hermana atada a su cordón umbilical. Me la imaginaba con unos 17 años. Con su cuerpo ya desarrollado y desnudo. Angelical, errante, movediza. Siempre con esa trenza de carne cochambrosa atada a su sofocado cuello. Ella flota, eternamente y gigantesca, rodeada de un líquido tibio dentro de un útero imperecedero al interior del hospital de Ochagavía. La secuencia se niega a agonizar en mi mente. No debo dormir, no debo dormir, decía. Si me duermo, ella llegará. Luchaba para no caer en el sueño. Me recuerdo de niño caminando sonámbulo por la casa. Siempre me detenía frente a una foto familiar donde estaba mi madre embarazada. Pensaba que el bulto en ese vientre era yo, pero la protuberancia abdominal de esa foto también podría ser mi hermana muerta. Recuerdo que mientras caminaba dormido me paraba frente a la fotografía, luego seguía caminando y después regresaba a acostarme. Una noche soñé que luego de esa vigilia nocturna no iba a acostarme sino que me dirigía hacia la cama de mis padres y los atacaba con un cuchillo. Desperté llorando de esa pesadilla, pero no se volvió a repetir, a diferencia de la de mi hermana. Lo curioso es que cada vez que vislumbro esa aparición creo que es la primera vez que la sueño. Mis padres me confesaron los nerviosos que estaban durante mi nacimiento con el temor de que fuera a pasar lo mismo que con mi hermana. Ellos discutían habitualmente en su habitación y yo acostumbraba a espiarlos por el ojo de la cerradura. Mi padre se acercaba a mi madre y ella lo rehuía. El la forzaba. Eso no me gustaba, dejaba de mirar y me iba a mi pieza. El trabajaba en una ferretería. Vestía un delantal café y vendía herramientas. Su trabajo era rutinario. De vez en cuando mi padre hablaba de mí en su trabajo con sus compañeros de labor. Seguramente lo que el no les contaba era que la única



preocupación de su primogénito –como le gusta denominarme- era luchar todos los días para no quedarse dormido en clase debido a sus desvelos nocturnos. Era una batalla diaria. Aunque las clases son habitualmente aburridas, un día ocurrió algo que me sacó de la modorra. La profesora anunció la llegada de un nuevo compañero. Esa noticia me hizo despertar. En la víspera de la llegada del nuevo compañero fui vencido por el sueño y, por cierto, en sueños me invadió la divagación de sumergirme en ese útero materno entre la luz y la oscuridad. Desperté mientras la profesora precisamente presentaba al recién llegado. Se llamaba Alejandro y venía de Concepción. De inmediato fue invitado a sentarse en un puesto contiguo al mío. Teníamos el mismo nombre y también compartíamos las mismas iniciales de nuestros dos apellidos. Nuestros lápices y útiles escolares estaban marcados con las mismas conjugaciones de letras. A partir de ese día, Alejandro se convirtió en algo parecido a un amigo, aunque no tengo certeza de haber tenido uno alguna vez. Congeniamos al jugar al paco ladrón en el recreo. Era un juego colectivo que practicábamos en el patio. Un bando era el de los ladrones y el otro de los policías. Era simple. Unos tenían que jugar a pillar a los demás. Yo siempre era ladrón y Alejandro policía. Lo de paco no tenía ninguna relación con el apodo que masivamente recibían los carabineros. El cura salesiano que nos enseñaba el juego era español y la denominación paco se refería a la forma informal para llamar a los franciscos en su país. Por cierto, un nombre muy común. Durante una mañana Alejandro me atrapó tan bruscamente que caí al suelo y perdí el conocimiento. Al despertar estaba compungido y trataba de ayudarme. Creo que ya éramos amigos. Nuestras conversaciones cotidianas versaban sobre los dibujos animados de la televisión de esa época. Especialmente no nos perdíamos los capítulos de Flash Gordon. Alejandro admiraba al blondo héroe que trataba de salvar el planeta Mongo y yo, al contrario, me identificaba con el malvado Ming, el antihéroe y antagonista del intrépido Flash. Nos imaginábamos con capas y espadas con rayos equis enfrentándonos en una lucha sin tregua. Yo -es decir, Ming- siempre escapaba subrepticamente por una puerta de mi palacio imperial cuando, al final de capítulo, mi bando era derrotado. Una tarde, mientras trataba firmemente de no quedarme dormido, la profesora

anunció que elegiría al alumno que tuviera los cuadernos más ordenados y con la mejor letra. Como estaba seguro de que sería elegido, porque todos los años hasta ese momento era el seleccionado, esperé confiado el veredicto.

Finalmente, el premiado para mi sorpresa fue Alejandro. En ese momento decidí empezar a imitar su letra. Al otro día Alejandro llevó por mucho tiempo una mano dentro de su bolsillo. Su hermano mayor, quien estaba un curso más arriba, le había manchado las uñas con esmalte de mujeres para dejarlo en vergüenza frente al curso. Me rogó que no le dijera a nadie, pero lo traicioné como forma de vengarme por haberme arrebatado el premio a la mejor letra. Nuestra amistad nunca volvió a hacer la misma. El resto de año pasó rápido pensando que en realidad todavía éramos amigos. Mi hermana seguía ahogándose en mis sueños.

De un momento a otro descubrí por qué desde el primer día que la profesora presentó a Alejandro su cara me pareció tan conocida. Su rostro y el de mi hermana eran casi idénticos. Me percaté cuando ya era muy tarde. Estábamos de vacaciones de verano y tuve que esperar hasta marzo para volver a encontrarme con él e informarle de mi hallazgo. El primer día de clase a la vuelta del verano Alejandro no se sentó al lado de mi banco ni en ningún otro asiento. Le pregunté a la profesora por qué mi compañero no estaba en su lugar acostumbrado. Ella contestó su familia se había cambiado a vivir a Rancagua. Nunca más lo volví a ver.

Mis padres no tocaban el tema de mi hermana e ignoraban mis desvelos por ella. Nunca les conté nada de lo que me pasaba. Por cierto nunca más volví a confiar en ellos para ni el más mínimo detalle que me ocurriera. Poco a poco, el sueño fue desapareciendo. Inconscientemente cuando tenía 17 años me dejé el pelo largo y con lentitud me fui empezando a parecer a mi hermana.

6

Son días de emergencia ambiental. Peligro de intoxicación masiva. Pinochet es detenido en Londres y tú agonizas en la Asistencia Pública. Sala común. Sin dientes, demacrado, ingresado como indigente. Toda tu familia te desprecia y te da la espalda. Conectado a un respirador artificial. Te mueres como un animal.

Te escribo una carta. Creo que me pegabas con las manos, me dabas correazos. La hebilla brillaba. Los correazos también iban para mi madre. Recuerdo que la hebilla brillaba. Pero haciendo memoria un día también me agarraste a patadas. Las conté. Me agarraba la cabeza con las manos para protegerme. Muchas veces perdí la cuenta y comenzaba de nuevo el cálculo. Me ponía en posición fetal. Las patadas iban y venían. Perdía constantemente el cómputo de ellas. Todo esto lo veía como si fuera una filmación. Miraba lo sucedido siendo un tercero en la contienda, como cuando uno va por la calle y se topa por casualidad con una gresca a la vuelta de la esquina. Estaba parado ahí mirando tu furia contra un niño arrinconado en una esquina del comedor de diario con las manos entrelazadas en su cabeza. Mi madre miraba impávida, incapaz de emitir palabra. En realidad, en esto no tenía nada que ver mi madre. Era algo entre tú y yo. Entre padre e hijo. Todos estos episodios los rememoro como flashazos vividos por otras personas o como secuencias de violencia extrema de películas que alguna vez he visto. Toda remembranza está bloqueada. No retuve nada antes de los cinco años. No recordar. Esa era mi lema cuando eras mi padre. Tú no querías que escribiera este relato. Me advertías que no se me ocurriera colocar tu nombre o cualquier seña que te pudiera delatar. Me obligabas a callar. Desde niño te amenazaba con que a los 18 años publicaría un libro contándolo todo. Lo que no sabes es que hoy ya no tengo nada que callar o que contar. No recuerdo nada concreto, sólo escenas sueltas, fragmentos, relampagueos que duran un par de segundos y que luego se esfuman. Ponías cara de serio y me decías que no te gustaría ver tu nombre en boca de todos. Me pedías reserva. Exigías que te perdonara cualquier error que hubieras cometido conmigo. Pedías olvido y me obligo a pensar que no recuerdo nada. Todo se ha borrado como al pasar un imán sobre una cinta de grabación. Sólo queda un leve chirrido, una especie de gemido constante. No quiero ni pensar que tipo de bajezas cometiste conmigo. Para qué. No vale la pena. Lo único que queda es ese quejido sordo, uniforme. Ese chillido. Compartíamos el mismo nombre. Teníamos la misma letra. Signos impuestos por tu majadería. Me obligabas a aprender a escribir mi nombre de un modo muy poco pedagógico. Durante tardes enteras me forzabas a copiar tu nombre, mi nombre, en hojas en blanco, antes de que yo siquiera supiera leer o escribir.

Colocabas un encabezado en la parte superior del papel y yo debía reproducir tus apellidos con la misma caligrafía. Terminamos teniendo la misma letra. Lo único que recuerdo es que me costaba escribir mi nombre al pie de página, cuando la hoja se empezaba a acabar, pero me obligabas a hacerlo porque, decías, había que aprovechar el papel. Creo que mi misión en la vida es deshacer todo lo que hiciste. Borrar cualquier vestigio tuyo. Si comparamos fotografías también somos idénticos, lo que aun no me deja de espantar. Recuerdo tus ataques de neurosis. El descontrol te deformaba las facciones y quedabas convertido en una gran mueca. Mandíbula desencajada y ojos esquizos. Me mirabas de pie a cabeza e inspeccionabas mis uñas y mis manos. Me examinabas buscando un error, un descuido, una mancha, una anomalía. Si cometía alguna indiscreción me tironeabas de las patillas. No podía dirigirte la palabra. Me prohibías hablar en la mesa, costumbre que hasta hace muy poco todavía causaba estragos en mí. No podía hablar en público. Me temblaban las manos. La mirada de mis oyentes me paralizaba, miedo que sólo aminoraba desmayándome. Visión de túnel, sonidos de larvas chillando, hormigueo en la cabeza y desfallecimiento. Todo estaba prohibido. Cualquier movimiento autónomo era extinguido por tu mano envilecida. Me sometiste al ascetismo más riguroso. Debía renunciar a todo. En soledad, practicaba ejercicios mentales en los cuales me ponía en situaciones en las que colocaba a prueba mi fortaleza y resistencia al dolor. Era mi preparación. Pensaba en lo peor que me podía suceder y me adaptaba, me anticipaba y esquivaba tu golpe. Meditaba hasta donde llegaba mi capacidad de soportar el daño. Cuán roja podía llegar a estar mi carne. Qué tanto podían resistir mis huesos antes de rajarse. Preparaba discursos en contra tuya. Memorizaba el estómago apretado, los pulmones contraídos, las costillas mancilladas y la desesperación de no poder respirar. Se trataba de razonamientos imaginarios provenientes de mi cabeza aplastada. Supongamos que me suicidaba cortándome las venas o tirándome del techo. Cuánto sufrirías. Cuánta culpa tendrías, qué tan bestia te sentirías. Cómo reaccionaría yo si me privaras de comida por una semana. Cuántos días resistiría el hambre. Me preparaba visualizando las comidas y postres más exquisitos y renunciando a ellos. Ponte que me encerraras por un mes en mi pieza oscura. Tu estado actual me produce curiosidad. Eres tu él

que está recluido en una habitación sombría. Día de emergencia ambiental. Peligro de intoxicación masiva. Temperatura: 9 grados. Agonizas en la Asistencia Pública. Sala común. Sin dientes, demacrado, ingresado como indigente. Toda tu familia te desprecia y te da la espalda. Conectado a un respirador artificial. Ponte que me tiraras a la parte más honda de la piscina sabiendo que no sabía nadar. Ponte que me obligaras a hacer gimnasia hasta desfallecer. ¿Qué hay de almuerzo? Mierda, contestabas. Come y calla, me decías, come y calla. Ponte que te desconecto del respirador artificial, que deslizo insectos bajo tu bata de hospital público. ¿Estás cómodo? Pon que te coloco una grabación donde escuches mis llantos, que apago un cigarro en uno de tus ojos. ¿Tienes hambre?. Ponte que escupo en tu comida. Ponte que te aprieto los dedos con la puerta. Ponte que te obligo a ser mi hijo. Ponte que te dejo morir como un animal.